Anselm Grün - Maria M. Robben

¿Fracasado? ¡Tu oportunidad!

verbo divino

¿Fracasado?
¡Tu oportunidad!

Anselm Grün - Maria M. Robben

¿Fracasado?
¡Tu oportunidad!

evd

Índice

PREFACIO 7

INTRODUCCIÓN 11

1. EL FRACASO EN EL MATRIMONIO 15
    1. Caminos paralelos 15
    2. La crisis 20
    3. La lucha en la crisis 25
    4. El hallazgo de un nuevo camino 28

EXCURSUS: EL ABUSO EMOCIONAL 39
    El sentimiento de angustia 45
    El sentimiento del deber 46
    El sentimiento de culpabilidad 47
    La desfiguración de la víctima 48

II. FRACASO EN EL PROYECTO DE VIDA 53
    1. El fracaso profesional 53
    2. Fracaso del concepto de la vida 63
    3. El fracaso por la adicción 67
    4. Los nuevos caminos 71

III. EL FRACASO EN UNA ORDEN RELIGIOSA 75
1. El camino para la salida 75
2. Ayudas para los religiosos en crisis 82
3. Descubrir el hilo conductor 85

EXCURSUS: EL ABUSO ESPIRITUAL 91

IV. EL FRACASO COMO SACERDOTE 105
1. Motivos para la profesión sacerdotal..... 105
2. La crisis de la vocación 108
3. El nuevo comienzo 112

V. EL FRACASO COMO OPORTUNIDAD 121
1. Aceptar el fracaso..... 121
2. Tratamiento de los sentimientos de culpabilidad 129
3. El proceso fúnebre 134
4. El proceso en la comunidad afectada..... 138
5. Despedirse..... 142
6. Rituales de despedida 151
7. El nuevo camino de la vida..... 160
8. La nueva espiritualidad 170

CONCLUSIÓN 181

BIBLIOGRAFÍA 190

ÍNDICE..... 192

Prefacio

El padre Grün analiza en el último párrafo de su "Introducción" cuanto él estima que entraña en sí misma la palabra del título. Dice textualmente: "Comoquiera que vamos a usar constantemente el término *Scheitern* ("fracaso"), conviene analizar atentamente lo que encierra esta palabra". Y emplea un tan complicado como hábil juego de términos alemanes, cuya mera traducción sería insuficiente. Esto exige desglosar estos párrafos, anticipándolos aquí y comentándolos brevemente, punto que debo subrayar para no apropiarme en modo alguno del mérito ajeno.

La palabra *Scheitern* ("fracaso") viene de *Scheit*, que significa "trozo de madera partido", que a su vez viene de *scheiden*, "cortar", "separar". Por lo tanto, significa que algo solidario, que está unido, se corta, se desune, se separa. Un todo cae en trozos, se deshace en muchos pedazos. Lo que originariamente se pensaba como concepto de la vida sale fallido y se deshace. La palabra "separar" subyace a "fracasar" y se aplica al matrimonio. Así, cuando el matrimonio fracasa (*scheitern*), se dice que el matrimonio se separa (*scheiden*); se divorcian: "sich *scheiden* lassen".

En el juego de palabras en alemán entra también el término *Abschied*, que entraña la idea del despedirse, decir adiós. Y es que en cada fracaso nos des-

pedimos de una imagen guía de la propia vida y de nuestra autoimagen. El *fracaso* –siguiendo el juego de palabras– tiene que ver también incluso con "morir" (*Verscheiden*). En el fracaso muere realmente algo en lo que hemos centrado toda nuestra esperanza. Aun más: supone "decisión" (*Entscheiden*). Cuando hemos fracasado tenemos que decidirnos de nuevo, mirar a dónde debe dirigirse nuestro camino. Y necesitamos el don de la discreción, del discernimiento (*Unterscheidung*), para descubrir por qué hemos fracasado y cómo podemos reunir de nuevo las astillas del edificio de nuestra vida, cómo de lo segregado puede nacer una nueva vida.

El diccionario alemán define "fracasar" (*scheitern*) como "tener que abandonar sin éxito, frustrarse, naufragar". Fracasar quiere decir, por lo tanto, que del fundamento que yo he puesto no se sigue lo que normalmente esperaba; que de mi amor, de mi profesión, de mi empeño, no surge lo esperado lógicamente, sino que aparece una escisión, hay una fractura. Algo se malogra (*mißlingt*), es decir, no cuaja. Además, *gelingen* significa "lograr, conseguir un término afín con *leicht*" (fácil). "El fracaso me muestra, pues, por último, que la vida no es fácil, que no se desarrolla tan fácilmente como yo esperaba. En lugar de felicidad y éxito, el fracaso significa ante todo desgracia y frustración. Sólo si el fracaso es aceptado, puede que se consiga ver la vida de una forma nueva y, tal vez, más auténtica." Hasta aquí el párrafo de la "Introducción".

Como una causa del fracaso aparece el *mobbing* (*mob*, del latín *mobile vulgus*, "masa veleidosa", luego empleada principalmente para la polémica denigración

del movimiento de las masas). Aquí se estudian algunas de las formas más corrientes de la "acción por la que se pretende eliminar a alguien".

El libro es fruto de la experiencia recogida por el padre Grün en los cursos que ha dirigido en la casa de retiro de su abadía de Münsterschwarzach. Cuenta, además, con páginas meditativas intercaladas a lo largo de toda la obra, que resumen y refuerzan la doctrina correspondiente, haciéndola llegar más al corazón, en un estilo incisivo y crudo, aunque cálido, sencillo y a veces hasta emotivo, que deja ese poso de sosiego e impulso sugerente que invita a la reflexión, reforzando así la vertiente práctica del libro. Estos textos meditativos son de la señora Robben, especialista en pedagogía social y encargada del acompañamiento espiritual en la hospedería de la mencionada abadía, quien además colaboró con el padre Grün en los demás textos del libro.

Todo el material reunido aparece resumido en una casuística casi exhaustiva en cada uno de los sectores estudiados. El denominador común de éstos lleva a repetir las analogías fundamentales, resultando un libro reiterativo, si los hay, cuyas conclusiones se prolongan hasta alcanzarnos a todos. Es hora de ver la causa de las dificultades y conflictos en la convivencia, verdadera cuna de la gran mayoría de los problemas. La proyección de mis lacras, la atribución de mis fallos, la transferencia a una persona referencial de cuantas debilidades mis mecanismos de defensa rechazan... Todo esto es tan sutil como claramente analizado no sólo para brindar soluciones a los frustrados y comprensión para los fracasos ajenos,

así como ayuda a los fracasados, sino también para la inmediata aplicación personal.

Un conflicto sin solución terminará en frustración, y una crisis no superada es prácticamente un fracaso. El libro mira el fracaso como oportunidad para seguir adelante. El estudio de sus pasos interesa a todo inquieto que quiera superarse en la vida. No sólo el fracaso importa; hay otras cosas de moda, como la mediocridad y la rutina o la comodidad ramplona. Las recetas prodigadas, si se emplean adecuadamente, pueden prevenir muchos males. Casado o soltero, religioso o sacerdote, cada cual puede encontrar en su grupo algo nuevo que aprender. Normas para superarse, inquietud por mejorarse, esto nos incumbe a todos: ¡es lo que el padre Grün siempre busca! Al principio y al final, los autores lo repiten: los fracasos ajenos nos urgen a revisar muchas cosas no sólo por inquietarnos, cuanto más para asegurarnos. Nadie tiene la garantía de su camino en la vida. Nos urge, pues, cultivarnos, para medrar en el alma un mensaje para todos, según las palabras de san Pablo con las que el padre Grün cierra el libro: "Quien presuma de mantenerse en pie, tenga cuidado de no caer" (1 Cor 10,12).

Julio-Miguel García Llovera

Introducción

Cada vez fracasan más hombres en su concepto de la vida. Matrimonios que se habían jurado fidelidad solemnemente se separan después de algunos años porque sencillamente ya no pueden continuar. Personas a las que se les había profetizado un gran futuro fracasan en su profesión y tienen que abandonarla o la pierden de la noche a la mañana porque la empresa ha quebrado. O bien fracasan en su concepto de la vida. Desembocan en una manía, de forma que todo cuanto han levantado queda anulado. Deportistas un día elogiados como grandes talentos desaparecen en el olvido y pierden la fama con la que la prensa les había aureolado. Hombres y mujeres salen de sus órdenes o congregaciones religiosas para seguir un nuevo camino, y algunos sacerdotes abandonan su estado y se casan.

El proceso que siguen todas estas personas se parece en muchos aspectos. En primer lugar aparece un gran entusiasmo, más tarde surge el desengaño. El que está en vías de fracasar nota que no puede seguir así. Se rebela contra ello y querría continuar a toda costa en el camino escogido, pero, sencillamente, ve que no puede ser. El cuerpo se rebela. La psique también protesta. Tras largas luchas, uno decide por fin abandonar el camino seguido hasta entonces. Pero no por ello se siente libre. Atraviesa un valle de

tristeza por la pérdida del concepto de la vida y el desmoronamiento de su identidad. Al final, la mayoría intenta encontrar un nuevo camino, pero es algo arduo y penoso. La tristeza les absorbe mucha energía. Después de uno o dos años, muchos son capaces de empezar un nuevo camino. Descubren en ellos una nueva energía, un nuevo gozo de vivir. A continuación, vamos a intentar describir ese proceso en cinco campos distintos: el fracaso en el matrimonio, en la profesión, en la concepción de la vida, en una orden religiosa y como sacerdote.

En la Iglesia hemos reprimido durante mucho tiempo el fracaso. El que vive rectamente y se orienta según los mandamientos de Dios y de la Iglesia, ése no fracasará. Pero si alguien fracasaba, entonces la única ayuda posible era la recuperación del fracasado. El interesado tenía que ver al fin, como el hijo pródigo en la parábola de Jesús (cf. Lc 15), que había seguido un camino falso, que se había equivocado. Sin embargo, si nos hubiésemos relacionado con el fracasado, habríamos visto venir hace mucho tiempo que se abocaba a un callejón sin salida, sin que le hubiéramos podido ayudar. Yo no puedo aceptar mi propio fracaso "si alguien que está a mi lado se siente confirmado por mi fracaso y no puede disimular el triunfo callado de tener él finalmente razón. Su ayuda sería para mí una constante humillación, y para él, el gozo de una autoafirmación a costa de mí" (Fuchs/Werbick 110).

Sólo podemos ayudar al fracasado si le permitimos acercarse, si dejamos que su fracaso nos "llegue" de verdad y nos ponemos en su lugar. Quizá descu-

bramos en el fallo del otro que nosotros hemos reprimido todas las dudas en nuestro propio camino y que, bajo la apariencia de una seguridad superficial, se esconde una profunda incertidumbre, una gran duda, casi una desesperación. En el fondo de nuestro corazón presentimos que nuestro camino no conduce a la vida. Sólo cuando consideramos de cerca el fracaso del otro podemos compenetrarnos con él. No tenemos por qué ver el fracaso simplemente como un accidente del que es forzoso reponerse en cuanto se restablezca el estado anterior. El fracaso es siempre, quizá por encima de todo, la oportunidad para un nuevo comienzo, para algo distinto que en el fracasado querría desarrollarse.

La filosofía existencialista ha visto el fracaso como un elemento esencial de las personas. El fracaso es un desafío decisivo para el hombre "cuando me doy cuenta desesperadamente de que o no soy nada o internamente seré un ser original". Pero tampoco debemos ensalzar el fracaso como si tuviéramos forzosamente que fracasar para que –como piensa san Agustín– no amemos el mundo y no nos atengamos a él. El fracaso no debe ser el medio para arribar al buen camino. Pero la realidad es que nosotros fracasamos una y otra vez.

Fuchs y Werbick han enumerado algunas características del fracaso. El fracaso es "una incursión desde fuera, algo como un relámpago". "Al fracaso pertenece siempre –a diferencia de la crisis– la sensación de que no existe ninguna otra alternativa u oportunidad, de que no hay una salida distinta" (*ibíd.* 31). Lo que cada uno experimenta como fracaso depende

del propio concepto que tenga de la vida, así como del entorno social.

Como el fracaso es frecuentemente considerado una derrota, muchos buscan eliminar esta sensación de su camino, en el sentido de que se identifican con el vencedor. Es el caso del que, por ejemplo, cuelga la sotana y se une a los enemigos de la Iglesia, que le confirman la impresión de que el paso que ha dado es el único verdaderamente auténtico, pues en los tiempos actuales nadie puede ser razonablemente sacerdote. Otros intentan "compensar su fracaso con un comportamiento mejor" (*ibíd.* 32). Sin embargo, esto les conduce aún más profundamente al callejón del fracaso. Otros infravaloran el fracaso considerándose realistas: "La vida del hombre es precisamente así". O cierran los ojos. Intentan curar los síntomas "haciendo cambios cosméticos –pequeños, apenas perceptibles– y procurándose, no sin precipitación, alguna que otra pieza de recambio, aunque la verdadera 'reparación' tendría que abarcarlo todo" (*ibíd.* 33).

Frente a estos intentos de huir del propio fracaso, nos gustaría considerar a fondo en este libro el proceso del fracaso y buscar luego las vías a través de las cuales los hombres pueden elaborar su frustración, para que de ahí surja una nueva vida, de forma que su fracaso se convierta en un nuevo empezar.

I. El fracaso en el matrimonio

1. Caminos paralelos

Hay muchos motivos por los que un hombre y una mujer se encuentran y se casan. En primer lugar está claro que un hombre se enamora de una mujer, o viceversa, y que la pareja responde a este enamoramiento. Y un buen día, de este enamoramiento nace un amor que les da valor para unirse uno con el otro para toda la vida. Pero si contemplamos las relaciones de muchos matrimonios, nos damos cuenta de que en su enamoramiento han proyectado en la pareja muchos factores inconscientes. Enamorarse tiene siempre algo que ver con la proyección. Yo me enamoro de una persona que aparentemente vive algo que ciertamente yo también tengo, pero que lo he descuidado en mí. Comoquiera que lo admiro en la otra persona, confío y espero poder participar de ello. El cometido, la misión, sería deshacer en cualquier momento la proyección realizada y desarrollar en mí mismo precisamente eso que me fascina. Entonces es cuando del enamoramiento surge el amor. En el enamoramiento dependo del otro. En el amor

le dejo libre. Muchos desaprovechan este salto del enamoramiento al amor. Cuando cesa el enamoramiento se quiebra también la relación. Rechazan la misión de liberarse de la proyección y de dejar resonar en sí mismos las cuerdas cuya vibración han admirado en el otro.

Sucede a menudo que un hombre que no es consciente de su pasado lo repite con su mujer. Otro hombre que no reconoce su vínculo de fijación maternal busca inconscientemente una mujer que sea la sustituta de su madre. O una mujer que ha perdido a su padre y siempre ha suspirado por tener uno, busca un hombre que pueda ser el sucedáneo del padre añorado. Es una ley fundamental de psicología que las personas repetimos las heridas que no hemos atendido y elaborado adecuadamente. Nos buscamos una madre que nos lastime exactamente igual que como lo hizo nuestra propia madre. O buscamos un padre que nos tome tan poco en serio como lo hemos experimentado con el nuestro. No podemos escaparnos en modo alguno a esta ley. Pero tampoco es tan malo, pues con esto puede presentarse la oportunidad de cultivar la herida de la niñez en relación con la pareja (que reitera tal herida) de manera distinta a como tuvo lugar entonces, en plena infancia. Así podemos madurar. Sin embargo, muchos se quedan estancados en la repetición. No se dan cuenta de que los modelos de la infancia se repiten de nuevo y proyectan toda la culpa en el otro, en lugar de decidirse a ir juntos por un camino común de crecimiento.

Hay otros muchos motivos por los que las personas se encuentran mutuamente. En el caso de una

mujer que tiene poca autoestima, buscará inconscientemente un hombre fuerte. Está fascinada con su fortaleza y con su seguridad. Esto le da base y sostén. Sólo mucho más tarde se da cuenta de que la supuesta seguridad de su esposo es sólo el reverso de la medalla de su gran inseguridad, de su imposibilidad para expresar los sentimientos y para reconocer sus propias debilidades. Al principio, ella vive de la seguridad del marido. Sin embargo, poco a poco se da cuenta de cómo está encadenada, y le gustaría evadirse de la cárcel en la que ella –de buen grado, pero inconscientemente– se ha metido.

Un hombre que jamás ha tenido seguridad la encuentra en su pareja, pero cuando se encastilla en esta postura llega un momento en el que esto le resulta excesivo, pues se cansa de dar siempre. También le gustaría recibir. Y, a la larga, tampoco le satisface al hombre eso de encontrar en su mujer sólo un calor materno de refugio y protección. A él le gustaría tener también como acompañante a alguien que análogamente le provoque y desafíe (desafío en el sentido de empeñarse en conseguir metas más altas de las que inicialmente pensaron poder alcanzar sin el apoyo y el soporte de la pareja).

Un hombre encuentra una mujer que le admira. Esto le halaga y le gustaría conservar esta admiración durante toda la vida. Pero después de unos años se da cuenta de que su mujer también le critica, de que ella también ha descubierto sus debilidades. Ahora se siente desengañado. Él se casó con otra mujer, una que le tenía siempre en lo alto del trono. Y como no quiere descender de su trono, se produce la crisis.

Una mujer está fascinada porque su marido la adora. Está segura de que le será fiel toda la vida. Pero llega un día en que esa adoración le resulta excesiva. Tiene la impresión de que no se ha casado con un hombre, sino con un niño que la admira y al que tiene que cuidar exactamente igual que a sus hijos. Siente que ella no puede vivir sólo de la admiración de su marido. Le gustaría recibir de su pareja impulso y aliento, que alguna vez también pudiera apoyarse totalmente en ella.

Hombres y mujeres con el típico "síndrome de ayuda" suelen escoger parejas que son también débiles. Pero están tan fascinados con su capacidad para ayudar a su pareja que se revisten precisamente de las debilidades del otro porque las debilidades del otro son las que les hacen fuertes. Se sienten como "el salvador" y, a la postre, es el arquetipo con el que se identifican. Pero esto les vuelve ciegos ante su propia realidad y ante la verdad del otro. Un día les costará ayudar y entonces se enojarán por las debilidades de su pareja. O bien el otro despierta y se vuelve más fuerte, y entonces se sienten inseguros porque ya no cuadra el antiguo reparto de papeles.

Se da también el caso de una mujer bastante más fuerte que su marido. Al principio, le halaga que sea ella la que instruye a su marido en la vida, quien le lanza. Le satisface que él sea suave, que haga todo lo que ella quiere y acceda a cuanto ella le propone. Pero un buen día le resulta excesivo eso de tener que desempeñar siempre el papel activo. Y eso de tener que empujar continuamente a un marido débil se convierte en un lastre insoportable. A ella también

le gustaría apoyarse alguna vez y poder discutir. Pero advierte cómo su marido siempre se achica, cómo no hace otra cosa que disculparse continuamente y cómo jamás lucha realmente con ella. Y esto le pone furiosa.

A veces, un cónyuge utiliza al otro inconscientemente. Es el caso, por ejemplo, de una joven que necesita a su prometido para salir por fin de una situación familiar insoportable y poder seguir su propia vida. O del hombre que usa a la mujer como trampolín para poder escapar de casa o para demostrarse a sí mismo y a sus camaradas que es un hombre de cuerpo entero. Su mujer está ahí para que él pueda hacerse valer ante los demás. Sólo más tarde se da cuenta de que no ha pensado en modo alguno personalmente en su mujer. O una mujer utiliza a su marido para que la ayude a desarrollarse y abriga la esperanza de poder crecer gracias a esa relación o de conseguir liberarse de su complejo de inferioridad. No es el verdadero amor al otro lo que la lleva al matrimonio, sino el deseo inconsciente de poder solucionar sus propios problemas a través de su pareja. Análogamente, el hombre se aprovecha de su mujer cuando se propone contactar a través de ella con sus sentimientos o liberarse de sus depresiones.

Estas parejas, de pronto, despiertan un buen día y advierten, aterrorizadas, que nunca pensaron en el otro dentro de su singular peculiaridad, según su propia particularidad, sino que lo han utilizado para su propio provecho.

2. La crisis

La mayoría de las crisis matrimoniales se desencadenan cuando un consorte descubre que en la relación algo falla, que se han encastillado en un determinado papel de comportamiento y que así no pueden continuar. Sería fatal para ambos si se empeñaran en seguir actuando como hasta ahora, ya que esto les robaría toda la energía. Se endurecerían cada vez más y se empujarían mutuamente hacia un callejón sin salida. A veces, la crisis se presenta cuando una parte descubre que en el enamoramiento estaba completamente ciego respecto a la realidad de la otra persona. Entonces, a menudo resuena con fuerza este reproche: "Eres una persona distinta de aquella con la que me casé".

Otra razón para la crisis es que ambos no sienten el mismo amor que al principio. No saben de dónde puede venir esto. No ha habido problemas importantes, pero tienen la sensación de que el amor se les ha escabullido entre los dedos. La vida diaria lo invade todo. Muchas cosas se han vuelto pura rutina. La sexualidad ha perdido su fascinación. Cada uno conoce de sobra el cuerpo del otro. No existe ninguna sorpresa ni hay nuevos descubrimientos. Y como el amor ya no fluye, la sexualidad resulta insípida y ordinaria. Los conflictos cotidianos se convierten en roces continuos. Como los conflictos realmente no se resuelven, queda siempre en cada uno un resto oculto de disgusto y herida. Un día, este residuo no resuelto llega a ser tan fuerte que ya no se puede amar a la pareja. Los dos reaccionan sólo

agresivamente. Se sienten heridos y no amados. O descubren aterrorizados que pueden seguir viviendo muy bien el uno sin el otro, que no se echan de menos ni sienten ninguna nostalgia. Ciertamente, se han acostumbrado el uno al otro, pero entre ellos ya no fluye ningún amor.

Otro motivo de crisis reside en que una de las partes se enamora de otra persona. Es el caso del jefe que se enamora de su secretaria, que le admira y le mima. Por fin encuentra de nuevo a la mujer como admiradora, que es la que inconscientemente él había buscado el día de su boda. Él no quiere confiarse al proceso de cambio o transformación y por eso prefiere buscar de nuevo una mujer que le adore. De este modo puede seguir siendo el de siempre, el "vejete", sin tener que cambiar. O un hombre se enamora de una mujer que personifica todo lo contrario de lo que su mujer posee y expresa. Ésta es más femenina, es todo sentimiento, es creativa. Tiene un gran atractivo, que es lo que más le fascina. Es 20 años más joven que su mujer y él espera, a través de ella, conservarse joven él mismo. No quiere aceptar su edad y se refugia en esta relación para demostrarse a sí mismo y demostrar a su amiga su eterna juventud.

Una mujer se enamora de un hombre que es más tierno y cariñoso que su marido, que puede mostrar sus sentimientos y no se parapeta tras un muro de sequedad. No se vuelca en el trabajo, sino que encuentra también tiempo para ella. No tiene para sus problemas siempre la misma palabra rutinaria, sino que la oye atentamente, la toma en serio, la comprende.

Siempre se busca aquello que se echa de menos en el propio consorte. Es completamente natural que un hombre se sienta atraído no sólo por su mujer, y que una mujer se enamore de otro hombre, ya que nadie puede colmar todas las nostalgias del otro. Precisamente cuando en el matrimonio uno se ha acostumbrado al otro, se advierte cómo toda relación es relativa. La pregunta es cómo cuido yo mi enamoramiento. No tiene que ser en modo alguno el motivo para separarme de mi consorte. Yo podría integrar en mi vida precisamente aquello que me fascina en un hombre o en una mujer.

Hay crisis matrimoniales que surgen ya en los primeros años de vida en común. Cuando la fascinación se esfuma, muchos se dan cuenta, por primera vez, de qué es lo que en el fondo realmente les unía, pero también advierten al mismo tiempo cuántos aspectos no han visto en el otro. Han proyectado en el otro la duda que ya surgió durante el tiempo de noviazgo. La mujer vio que su amigo bebía más de la cuenta, pero abrigaba la esperanza de que dejaría de beber en cuanto estuvieran casados. Ha reconocido sus síntomas neuróticos, pero estaba tan convencida de la fuerza de su cariño que pensaba que podría amarle si se curaba. Sin embargo, ahora nota que esto era una ilusión. El amigo no ha cambiado. La pregunta es si la pareja tiene el valor de reconocer la propia realidad y si el amor consigue que lleguen a quererse tal como cada uno es en realidad.

Muchas crisis se presentan en la mitad de la vida, cuando uno se da cuenta, repentinamente, de los aspectos que ha reprimido hasta entonces. Es com-

pletamente normal que cada uno, en la primera mitad de la vida, sólo cultive un polo. El otro polo está encadenado en las sombras. En la mitad de la vida, este polo "secuestrado" sube a la superficie. Entonces la mujer no quiere vivir más sólo su vertiente femenina, sino también su polo masculino. Asume la responsabilidad, comparte los conflictos, puede luchar. Y el hombre deja de pronto de expresar sus sentimientos, no funciona como antes. Él tiene ahora otras necesidades. Ambos cambian. Pero con frecuencia se reprocha al otro que ha sido él quien ha cambiado y quien tiene la culpa de la crisis. Uno se ha mantenido fiel a sí mismo.

A menudo, la crisis se presenta con cierto retraso. La mujer acusa esta crisis más temprano. El hombre procura disimular su propia inseguridad y busca su fortaleza volcándose en el trabajo. Hablar sobre sus sentimientos le causa pánico. Él exagera la crisis de la mujer, en el sentido de que la llama histérica. Ella da demasiadas vueltas alrededor de sí misma y se inventa los problemas. Él no tiene ningún problema. Basta con querer, pues así todo marcha. La mujer se deja herir por su marido, ya que el hombre sabe exactamente dónde están sus partes más sensibles, pues ella misma se las confió. Ahora él las utiliza en contra de ella. Esto la pone enferma. O tiene la sensación de que su marido se parapeta detrás de un muro. Ella querría demostrarle que él sólo oprime, y le gustaría romper ese muro que él ha levantado a su alrededor. Pero cuanto más intenta luchar contra esto, más sólidamente fortifica el marido el muro levantado a su alrededor. Y ella se golpea la cabeza hasta sangrar.

Hay también casos de mujeres y de hombres que cuando se encuentran entre los 50 y los 60 años desembocan en una crisis matrimonial verdaderamente grave. De pronto, la mujer siente que con este hombre se hace polvo, se ve constantemente despreciada, y hasta su cuerpo se rebela contra el matrimonio. Se siente cada vez más enferma. Descubre que su marido tiene una querida. Y ya no puede resistir más eso de estar ahí para su marido sólo como la mujer de la limpieza. Se siente explotada. Intenta hablar con su esposo, pero no lo consigue. Él le echa toda la culpa a ella. Él es feliz y está contento. Los problemas están sólo en ella.

Algunas mujeres que pensaban poder vivir felices en el matrimonio ven con claridad cómo sus maridos simplemente las abandonan. Él ya no la quiere más. Ha encontrado otra mujer que responde mejor a sus expectativas. A ella le gustaría continuar el matrimonio, pero el hombre la emplaza ante realidades inmutables.

O la mujer siente, después de la muerte de su madre, que ella ha permanecido fiel en el matrimonio sólo para demostrarle a su madre que en su día tomó una decisión correcta y que su vida ha sido un éxito. Pero ahora descubre que su marido nunca fue un compañero, sino simplemente un niño que se ha aprovechado de su fortaleza. Su marido no la abandonaría nunca, y se agarra a ella como un niño. Y ella ya no puede aguantar más esto. Cuando piensa que tiene que seguir junto a su marido, le asalta el temor de que se morirá de hambre y de sed.